

LA FIGURA FEMENINA DE SOFÍA EN LA OBRA *EMILIO* DE ROUSSEAU. UNA CRÍTICA A LOS ESTEREOTIPOS DE GÉNERO

The female figure of Sofia in Rousseau's Emile. A critique of gender stereotypes

Margareth Mejía Génez

© <https://orcid.org/0000-0003-0928-0611> | ✉ margareth.mejia@correo.buap.mx
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México

Mariana Rendón Meza

© <https://orcid.org/0000-0002-9015-039X> | ✉ mariana.rendonm@alumno.buap.mx
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México

Resumen. El objetivo de este texto es mostrar la figura femenina de Sofía en la obra *Emilio*, o *De la educación*, de J.-J. Rousseau, con una intención crítica de evidenciar su reduccionismo en la comprensión de la mujer. Esto es posible a través del análisis de los dos roles fundamentales que Rousseau le asigna a Sofía: como mujer y como madre. Las dos asignaciones de roles de Sofía, articuladas a partir de un conjunto de ideas naturalistas, son sometidas a análisis crítico a partir de las propuestas de Margaret Mead y Simone de Beauvoir, para manifestar la importancia de una asignación de roles que no esté basada en la comprensión tradicional del género. Se trata, por lo tanto, de reflexionar sobre las asignaciones de género que se han dado a lo largo de la historia a la mujer, solo por el hecho de ser mujer, concre-

Cita este capítulo

Mejía Génez, M. y Rendón Meza, M. (2022). La figura femenina de Sofía en la obra *Emilio* de Rousseau. Una crítica a los estereotipos de género. En: Marín Ibarra, M.; Tirado Villegas, G. A. y Rivera Gómez, E. (eds. científicos). *Ausencias en Clío. Género e historia en México (s.XVII-XX)*. (pp. 135-151). Colombia, Cali: Editorial Universidad Santiago de Cali.

tamente, a partir de las labores de cuidado del hijo y del hogar. Estas asignaciones han contribuido a invisibilizar la figura femenina, a tal punto de quedar sin opciones, sin posibilidad de escoger deliberadamente lo que quiere ser, puesto que ya está determinado su rol. Este texto aspira a engrosar los estudios que destacan el papel de la mujer.

Palabras clave: naturalismo, mujer, esposa, madre.

Abstract. The objective of this text is to show the female figure of Sofía in the work Emilio, or De la Educación, by J.-J. Rousseau, with a critical intention of showing his reductionism in the understanding of women. This is possible through the analysis of the two fundamental roles that Rousseau assigns to Sofía: as a woman and as a mother. Sofía's two role assignments, articulated from a set of naturalistic ideas, are subjected to critical analysis based on the proposals of Margaret Mead and Simone de Beauvoir, to show the importance of an assignment of roles that is not based on traditional understanding of gender. It is, therefore, about reflecting on the gender assignments that have been given to women throughout history, just for the fact of being a woman, specifically, from the tasks of caring for the child and the home. These assignments have contributed to making the female figure invisible, to the point of being left without options, without the possibility of deliberately choosing what she wants to be, since her role is already determined. This text aspires to swell the studies that highlight the role of women.

Keywords: naturalism, woman, wife, mother.

Introducción

En Agamenón, de Esquilo, aparece, en tono de sátira, la figura femenina de Clitemnestra, quien “[...] gobernaba su casa como hombre en ausencia de su marido y, después, tras su regreso conspiraba con su amante para atentar contra la vida del rey” (Jenkins, 1998, p. 16). A través de esta obra, Esquilo vuelca los papeles tradicionales y presenta a la mujer de forma diferente a lo que establecía la costumbre de la época. Sin lugar a duda, el papel de la mujer en la antigüedad estaba

restringido al hogar, donde el hombre era quien gobernaba, dando cuenta de los roles de género tradicionales que se han mantenido a lo largo de la historia. Éstos –los roles de género– son entendidos como un conjunto de acciones y comportamientos que parecieran exclusivos a un género como tal y que son aprendidos en el marco de una comunidad y en ella misma se refuerzan a través de los espacios de socialización.

En 1762 se publica la obra *Emilio, o De la educación*, de Jean-Jacques Rousseau, una obra que es tan conocida como polémica, a tal punto que “El Parlamento de París condena la obra y ordena el arresto de su autor” (Abbagnano & Visalbergui, 1992, p. 266). La obra se mueve sobre la premisa de la importancia de la educación para el hombre en todos los ámbitos, esto es, educar el sentido, el sentimiento, la experiencia. Emilio, a quien refiere el título, no es un sujeto real, es el personaje imaginario principal sobre el que se van a decantar todos aquellos preceptos y criterios educativos que su preceptor, Rousseau en este caso, considera adecuados. A Emilio están dedicados los primeros cuatro grandes libros de esta obra, donde no se escatima en recomendaciones para formarlo; pasando por las críticas en torno a cómo se da el cuidado de los niños por parte de las nodrizas o mercenarias del cuidado, cómo deben presentarse las cosas para un óptimo aprendizaje, hasta la dedicación a cuestiones de moral y religión. El libro V está dedicado a una figura particular, la del complemento, la de la acompañante, la de la esposa, la de la figura femenina que será encarnada en el personaje de Sofía. Es, precisamente, esta figura la que será objeto de estudio en este texto. Tanto las consideraciones de Emilio como las de Sofía están basadas en la idea de que no es el hombre o la mujer la que determina tales roles sino más bien que estos vienen dados por la ley de la naturaleza. El objetivo de este texto es mostrar la figura femenina de Sofía en *Emilio* y los roles de género que Rousseau le asigna a la mujer, en particular los roles que tienen que ver con el cuidado, a través de dos papeles fundamentales: Sofía como esposa y Sofía como madre.

Naturalismo en Rousseau

En el marco de este texto se denominará “argumento naturalista” a todas y cada una de las razones que esboza Rousseau, en el marco de *Emilio*, para justificar el papel que le asigna a Emilio y el papel que le asigna a Sofía, basándose en lo que establece como la ley de la naturaleza. Ahora bien, parte del aparato conceptual que sustenta a *Emilio* lo encontramos en afirmaciones que vuelven a un mismo punto, esto es, la idea de la naturaleza. En ese sentido, *Emilio* es una defensa de la naturaleza, que, incluso, puede verse desde la primera línea del libro, en la que Rousseau afirma: “Todo está bien al salir de las manos del autor de las cosas: todo degenera entre las manos del hombre” (Rousseau, 1990, p. 33).

Muchas de las justificaciones que Rousseau va a esgrimir se basan, precisamente, en la idea de la naturaleza. No obstante, es prudente establecer en qué sentido se va a comprender este concepto. No significa un arrojar al ser humano a su estado natural, sino propiciar ciertas situaciones en las cuales se le deje ser libre. A modo de ejemplo, Rousseau es bastante enfático en criticar las prácticas de las nodrizas, que impiden el movimiento natural del niño, solo por ahorrarse la labor del cuidado y atención que demanda un niño, pues a pesar de que se evita tareas en el momento presente, tal ahorro de esfuerzos puede tener efectos a largo plazo. Esto, sin lugar a dudas, representa una falta de libertad o de movimientos en el niño y debe ser evitada en aras de mejorar su formación y desarrollo.

Los cuidados, argumenta Rousseau deben ser adecuados; hay, por lo menos, dos extremos a evitar. Por un lado, los niños no deben caer en la sobreprotección, porque evita el aprendizaje y hace al niño un amo que ha de requerir un esclavo para satisfacer sus necesidades; por otro lado, dejar al niño con nula atención, a tal grado de volverlo completamente vulnerable, sin el cuidado de la madre, no es una vía recomendable, pues consiste en un apartar a éste de toda sociedad y en un dejar que este no se defienda ante las adversidades que la sociedad le pueda presentar. Rousseau apela, entonces, a un cuidado que le proporcione al niño la libertad de desarrollarse conforme a sus necesidades, con el apoyo y la vigilancia pertinente, pero sin caer en un proceso de entorpecimiento de su proceso.

Esto ha tenido sus repercusiones importantes en la forma de entender la educación. Comprender la naturaleza del niño, tal como lo hizo Rousseau, ha permitido generar nuevas ideas, corrientes y paradigmas que tengan como propósito adaptarse a la naturaleza del niño. Este enfoque implica una superación de la vía contraria, esto es, que el niño se ajuste a los métodos que no están pensados para él.

Esto puede verse desde la propia estructura de la obra. El libro I de *Emilio* –“la edad de naturaleza”, que implica al niño lactante– comprende todas aquellas enseñanzas que tienen por objeto al niño desde el nacimiento hasta que ya puede caminar, las recomendaciones de cuidado sobre el niño, pero también que se debe ir formando su carácter. En el libro II –que comprende a la edad del niño entre dos y doce años– se forma al niño conforme su naturaleza, pero siempre bajo la supervisión del tutor, poniendo especial acento en el desarrollo de los sentidos. El libro III –“la edad de la fuerza”; que va de los doce a los quince años– versa sobre la iniciación a la vida social y el trabajo, pero con un sentido que permita que el joven vaya llegando a la formulación; este libro es, en todo el sentido, un método activo y progresivo de aprendizaje. El libro IV –“la edad de la razón y las pasiones”, que va de los 15 a los 20 años– aborda la pregunta por las pasiones que, dada la edad juvenil de Emilio, comienzan a surgir con fuerza; la instrucción ética y moral deberá ser dada en el momento exacto, no antes ni después, para que el joven no se pueda corromper. El libro V –“la edad de sabiduría y el matrimonio”, que va de los 20 a los 25 años– pone de manifiesto al adulto que debe enfrentarse a la vida social y sus responsabilidades; es por ello que, en esta parte del texto, aparece el tema del matrimonio y la figura de Sofía, que representa el ideal de la mujer, de todo aquello que debe y no debe hacer.

La figura femenina puede entenderse por dos papeles: Sofía como mujer y Sofía como madre, tal como lo expresa Simone de Beauvoir “consagra la mujer a su marido y a la maternidad” (Beauvoir, 2014, p.39); aspectos que revisaremos a continuación.

Sofía como mujer

Sofía es el segundo personaje que aparece en la novela pedagógica de Rousseau. Su personaje tiene sentido solo en el marco del libro V porque es el capítulo dedicado a la vida adulta y, concretamente, al matrimonio. Sofía es compañera, esposa y madre. Es un personaje que encarna la carencia. La carencia –en primer lugar– se ve representada en la capacidad de genio o inteligencia, por lo que la mujer está condenada al fracaso en lo que refiere a los estudios en general; por ejemplo, su intelecto está casi que negado para las ciencias, mientras que, por el contrario, el intelecto de un hombre puede centrar su atención en este tipo de aspectos importantes.

La mujer es carencia porque su cuerpo y su biología encarna la debilidad, la falta de fuerza que la hace dependiente de un sujeto que la cuide; por ello la mujer depende de la protección que le pueda proporcionar el hombre.

Sin embargo, Rousseau también agrega una serie de habilidades que tiene la mujer. Uno de los primeros rasgos que Rousseau considera que Sofía, como mujer tiene, es un poder que, a diferencia del hombre, no reside en la fuerza, sino más bien en la astucia. Este poder lo representa con figuras históricas como Dalila, como alguien que con su ingenio logra dejar sin fuerzas a Sansón, el hombre más fuerte. Rousseau argumenta que este poder le es dado por la misma naturaleza por carecer de inteligencia en sí misma o fuerza física y, curiosamente, esto es algo que toda mujer desarrolla: “La mujer, que es débil y que no ve nada fuera de sí misma, aprecia y juzga los móviles que puede poner en práctica para suplir su debilidad, y esos móviles son las pasiones del hombre” (Rousseau, 1990, p. 525).

Un segundo rasgo que Rousseau identifica en Sofía va en un doble sentido: que esté dedicada en primer lugar al marido y en segundo lugar al hijo, de tal forma que tenga obediencia hacia la primera figura y ternura hacia la segunda. Es curioso que, al igual que en el primer rasgo, Rousseau considera que esto no es difícil dado que se da de forma natural. Señala Rousseau:

Todas las reflexiones de las mujeres deben tender, en lo que no atañe de modo inmediato a sus deberes, al estudio de los hombres o a los conocimientos agradables que sólo tienen el gusto por el objeto; porque, en lo tocante a las obras de genio, éstas superan su capacidad; tampoco tienen suficiente precisión y atención para triunfar en las ciencias exactas, y, en cuanto a los conocimientos físicos, ve más objetos aquel de los dos que es el más activo, el más emprendedor, aquel que tiene más fuerza y que la ejerce más juzgando las relaciones de los seres sensibles y de las leyes de la naturaleza. La mujer, que es débil y que no ve nada fuera de sí misma, aprecia y juzga los móviles que puede poner en práctica para suplir su debilidad, y esos móviles son las pasiones del hombre. Su mecánica propia es más fuerte que la nuestra, todas sus palancas van a sacudir el corazón humano. Es preciso que posea el arte de hacernos querer todo lo que su sexo no puede hacer por sí mismo y que le resulta necesario o agradable; es preciso, por tanto, que estudie a fondo el espíritu del hombre, no por abstracción el espíritu del hombre en general, sino el espíritu de los hombres que la rodean, el espíritu de los hombres a los que está sometida bien por la ley, bien por la opinión. Es menester que aprenda a calar en sus sentimientos con sus palabras, con sus acciones, con sus miradas, con sus gestos. Es preciso que con sus palabras, con sus acciones, con sus miradas, con sus gestos, ella sepa darle los sentimientos que a él le agradan sin que parezca siquiera que piensa en ello. Ellos filosofarán mejor que ella sobre el corazón humano; más ella leerá mejor que ellos en el corazón de los hombres. A las mujeres corresponde encontrar, por así decir, la moral experimental, a nosotros reducirla a sistema. La mujer tiene más ingenio, el hombre más genio, la mujer observa y el hombre razona: de este concurso resultan la luz más clara y la ciencia más completa que puede adquirir por sí mismo el espíritu humano, el conocimiento más seguro, en una palabra, de sí y de los demás, que esté al alcance de nuestra especie; y así es como el arte puede tender de modo incesante a perfeccionar el instrumento dado por la naturaleza (Rousseau, 1990, pp. 525-526).

La naturaleza ha dotado a la mujer de ingenio para dominar al hombre, para desempeñar su papel de esposa y madre, curiosamente, esto es, al cuidado de otros, antes que de sí misma. De manera que no es casual que *Emilio* esté pensado en dos bloques: el primero, el más grande, dedicado a la cuestión de Emilio, como tal, y un solo libro del

texto dedicado a Sofía, lo cual deja sentado, eminentemente, sobre quién recaer el papel central del proyecto pedagógico rousseauiano. Sofía, al ser pensada como mujer, es definida como aquella figura que está hecha para “agradar al hombre”, esto es así por una ley de la naturaleza, argumenta Rousseau (1990, p. 487), para designar que la naturaleza ha dotado de fuerza al hombre mientras que a la mujer la ha dotado de debilidad. Esta característica es particular porque la mujer está hecha para ser protegida por el hombre. En términos de lo que estipula la naturaleza, Rousseau establece la distancia entre lo que le corresponde al hombre y lo que le corresponde a la mujer: no son iguales en su constitución física ni intelectual, de tal modo que deben tener una educación diferente. La mujer, según reseña Rousseau, se ve inclinada a asuntos pueriles. Pero, ¿cómo sería entonces la educación de la mujer?

¿Se sigue de esto que deba ser educada en la ignorancia de todo y limitada únicamente a las funciones del hogar? ¿Hará el hombre una sirvienta de su compañera? ¿Se privará junto a ella del mayor encanto de la sociedad? Para esclavizarla mejor, ¿la impedirá sentir algo, conocer algo? ¿Hará de ella un verdadero autómatas? No, desde luego: no ha dicho eso la naturaleza que da a las mujeres un espíritu tan agradable y tan sutil; al contrario, quiere que piensen, que juzguen, que amen, que conozcan, que cultiven su mente tanto como su figura; he ahí las armas que les da para suplir la fuerza que les falta y para dirigir la nuestra. Deben aprender muchas cosas, pero sólo las que les conviene saber (Rousseau, 1990, p. 493).

Entonces, debe ser educada y aprender muchas cosas, pero solo aquellas que se consideran prudentes para ella, adecuadas a su naturaleza. De lo que se desprende que una mujer educada equivale a una mujer que ha sido formada para servir al hombre, agradarle, cuidarle a él y a sus hijos. Deben estar preparadas para obedecer ciegamente –aunque el que le dé ordenes que estén equivocadas–, ser dóciles, dulces, poseer habilidades que le permiten soportar las equivocaciones sin queja alguna, deben poseer algo de coquetería que le permita hablar al hombre con gracia, y manejar el ejercicio de la astucia que se da por su falta natural de genio.

Puesta así la cuestión, la naturaleza determina los roles que han de ser desarrollados tanto por hombres como por mujeres; ante esto surge la cuestión: ¿son los roles de género dados de forma natural? O, por el contrario: ¿Son dados a través de las construcciones culturales? Al respecto, Margaret Mead, en su obra *Sexo y temperamento* (2014), esboza una investigación antropológica en la que muestra parte de la forma de vida de varios pueblos y la forma de vida que desarrollaban, concretamente aquellas funciones que servían para el mantenimiento de la sociedad, encontrando que, de acuerdo y teniendo los parámetros occidentales en mente, los hombres que pertenecen al pueblo *arapesh* desempeñaban un papel considerado femenino, veamos.

[...] los campos de cultivo se encuentran lejos, y las mujeres deben marse jornadas enteras llevando alimentos para un solo día de fiesta. En estas ocasiones los hombres, los hombres solo cargan con cerdos y otros fardos de carne, así como excepto cerdos y otras pesadas cargas de carne y los gruesos troncos de madera que se emplean para mantener los fuegos para encender cigarrillos en el centro del poblado. Cuando transportan cerdos, establecen frecuentes relevos porque sus espaldas no están acostumbradas al rozamiento de estas cargas. Pero las mujeres suben y bajan por los senderos montañosos con cargas de sesenta y setenta libras que cuelgan de sus frentes, y a veces incluso llevan en un cabestrillo hecho de cortezas a un crío que se amamanta directamente de sus pechos. Sus mandíbulas están comprimidas como ratoneras por la presión que llevan en la frente, dando a sus rostros una expresión ceñuda que no presentan en ningún otro momento y que contrasta con el alegre transporte de cerdos a cargo de los hombres, los cuales marchan cantando y voceando a través de los matojos (Mead, 1973, p.33).

Como vemos, el rol que cumplen las mujeres en el marco del pueblo *arapesh* es de actividades que implican fuerza física y carga pesada como subir y bajar montañas. Los hombres de este pueblo llevan cargas mucho menos pesadas que las mujeres. Parte de la justificación para esta designación de actividades se encuentra en la resistencia de las cabezas de las mujeres. Esto es contrario a la opinión esbozada por Rousseau, según la cual la mujer carece de dicha habilidad.

Así las cosas, no es una cuestión de biología o naturaleza, pero sí de la organización de las sociedades, la realización de las actividades que

deben cumplir en el marco de la sociedad. La cuestión que muestra Mead es que, en las tribus estudiadas, hay una organización en la forma de vida que permite llevar a cabo las actividades; la información obtenida permite ver que no hay condicionamiento de tipo natural o biológico que señale una determinada vestimenta, manera de comportarse, forma de asumir las situaciones, etc., sino que, más bien, es un tipo de condicionamiento social.

Siguiendo esta línea de pensamiento, es posible mencionar que, más que inclinarnos por un argumento naturalista, biologicista o determinista, los estudios sobre las formas de vida desarrolladas por los *arapesh*, se inclina un poco más a un argumento que estaría basado en el condicionamiento social. Esta hipótesis cobra sentido a la luz de las ideas que versan sobre la maleabilidad de los sujetos en el marco de comunidades con formas de vida específicas, a través de procesos que se inician desde la infancia y que pasan por procesos de constante reafirmación social.

No obstante, no es posible desconocer que el proyecto de Margaret Mead, desarrollado en *Sexo y temperamento*, cae en afirmaciones en torno a las culturas que son objeto de estudio y que, podemos decir, son apresuradas. Un ejemplo es la limitación de su proyecto a la hora de explicar las diferencias propias de los individuos que se comportan de manera distinta a la mayoría en el marco de dichas sociedades. También es notable la clara posición que se tiene, ya desde el título, con la idea de que estos pueblos son “primitivos”, lo cual no es una postura neutral que permita comprender la forma de vida de estos pueblos. La noción de “primitivos” ya presupone que hay una forma de vida superior y que el desarrollo de la forma de vida de éstos no se encuentra en dicho estándar. No se trata de “superior” o “primitivo”, más bien se trata de formas de vida diferentes. En todo caso, la propuesta de Margaret Mead permite hacer un contrapeso a la descripción reduccionista que se desarrolla sobre la mujer desde la línea naturalista propuesta en Emilio.

Sofía como madre

Emilio, considerada como la obra consagrada a la pedagogía por parte de Jean-Jacques Rousseau, es principalmente, una obra dirigida a las madres, pero no a cualquier madre, sino a una que verdaderamente espera poder dedicarse completamente a la educación de su hijo. Es una obra dirigida especialmente a la madre que verdaderamente está interesada en el futuro del niño de todas las maneras posibles, aunque también puede dirigirse a la madre que tiene poco interés en el niño y mediante esta obra pueda despertar el interés hacia su hijo; ya que en tal obra se resalta la importancia de la figura materna en el crecimiento del niño, así como también se describe de qué manera debe guiar la madre al niño y hasta cierto punto el rumbo de la familia; Rousseau nos deja en claro que de la madre dependerá el futuro y bienestar del niño y su familia. Para Rousseau, una madre tiene que cumplir con ciertas actitudes para que pueda educar de manera correcta al niño, así como también tener en claro lo que implica hacer este trabajo, ya que, desde el nacimiento, la madre debe estar en completa entrega al niño, tomando el lugar de madre-nodriz. Por ende, hablaremos sobre las distinciones que hace Rousseau entre el modelo ideal de madre que se espera y lo que no es correcto hacer para no perjudicar la educación de Emilio.

En primera instancia, Rousseau espera que la madre sea *tierna* y *provisora* y esté dispuesta a olvidarse de su libertad como mujer, e incluso como individuo mismo, ya que, al parecer, lo que se espera de la mujer es que se convierta en madre. En el momento del nacimiento del bebé, la madre debe saber cómo cuidar de su cuerpo y sentimientos, pues solo el llanto será el medio de comunicación para saber qué tan cómodo está el niño. Esta es una de las pruebas más grandes para la madre, pues no solo debe controlar las emociones del niño, sino también las suyas. No debe caer en desespero, pues una vez habitando en tal estado anímico, la madre deja de lado su primer deber ocasionando un sinfín de problemáticas para con el niño. Es así como surge una de las cuestiones más importantes para el desarrollo del niño, la cual será la alimentación:

¿De dónde procede esta costumbre ilógica? De una costumbre desnaturalizada. Desde que las madres, despreciando su primer deber, no han querido alimentar ya a sus hijos, han sido confiados a mujeres mercenarias que, al encontrarse de este modo madres de hijos extraños por quienes la naturaleza nada les dice, no han buscado sino ahorrarse trabajo. Hubiera habido que velar constantemente sobre un niño en libertad: pero, cuando está bien atado, se le arroja en un rincón sin apurarse por sus gritos. Con tal que no haya pruebas de la negligencia de la nodriza, con tal que el niño de pecho no se rompa un brazo o una pierna, ¿qué importa, por lo demás, que perezca o quede tullido para el resto de sus días? Se conservan sus miembros a costa de su cuerpo, y, pase lo que pase, la nodriza queda disculpada (Rousseau, 1990, p. 44).

Uno de los temas importantes que debe tener claro la madre es la alimentación. La alimentación es un tema complejo, pero no solo por el estado de salud del niño, sino también porque tiene una relación muy cercana con la madre. El hecho de alimentar es nutrir y contribuir a la relación afectiva que el niño crea hacia su madre, por ello está en total desacuerdo a la hora de ser alimentado por una nodriza, o peor aún, de no ser alimentado, y aunque existe la excepción de que el niño sea alimentado por otra mujer porque la madre se encuentra en un estado inconveniente de salud, Rousseau encuentra que tal acción es bastante negativa para el desarrollo del niño.

Rousseau niega, hasta cierto punto, que la mujer se convierta en madre a edad temprana, pues carece de experiencia y conciencia. Es por ello que se cuestiona la salud de la madre para poder brindarle al hijo lo mejor que se pueda; por tal motivo también es importante el acercamiento que el hijo tiene con ésta, desde la alimentación, que es donde se crea la primera relación afectiva con los tratos que la madre procura. Por lo tanto, Rousseau se niega a que el niño pase mucho tiempo con una nodriza y, si fuera el caso, es necesario que la madre siembre límites con el niño con respecto a la nodriza tratándola solo como una sirvienta. En esta parte, la madre debe ser cuidadosa, pues de no serlo, el niño terminará rechazando a la madre y a la nodriza. Si lo anterior llegase a suceder, la madre perderá el respeto de la sociedad, ya no solo del niño, pues eso sería evidencia de la poca atención que se le brindó.

Simone de Beauvoir en su obra *El segundo sexo* (2014), nos habla *grosso modo* del ser mujer, desde diferentes perspectivas que incluyen la historia, el psicoanálisis, el marxismo, la fenomenología, entre otras. El objetivo perseguido por de Beauvoir es demostrar que el sexo femenino y todo lo que conlleva es lo que es gracias a un sistema establecido por la sociedad. De Beauvoir hace una crítica a este pensamiento acerca del rol que tiene la mujer en la procreación, comenzando con la introducción de los prejuicios que se tienen de la mujer desde un pensamiento biologicista, donde se da por hecho que la mujer es *una matriz, un ovario*, para luego demostrarnos que esta idea es errónea.

Estos datos biológicos son de suma importancia: representan, en la historia de la mujer, un papel de primer orden; son elemento esencial de su situación: en todas nuestras descripciones ulteriores tendremos que referirnos a ellos. Porque, siendo el cuerpo el instrumento de nuestro asidero en el mundo, este se presenta de manera muy distinta según que sea ha sido de un modo u otro. Por esa razón los hemos estudiado tan extensamente; constituyen una de las claves que permiten comprender a la mujer. Pero lo que rechazamos es la idea de que constituyan para ella un destino petrificado. No bastan para definir una jerarquía de los sexos; no explican por qué la mujer es lo Otro; no la condenan a conservar eternamente ese papel subordinado (de Beauvoir, 2014, p. 15).

De este argumento se desprende la idea acerca de la libertad de la mujer, una vez que tiene a su hijo. Aunque la mujer desempeña un papel fundamental en el desarrollo del niño (apoyando la idea de Rousseau) también es cierto que no toda la educación y formación del sujeto dependen de ella, pues el entorno educativo, familiar y social influyen en éste. En este sentido, Rousseau pone todo el peso de la educación y del futuro del niño sobre la mujer; no obstante, esta idea trae consigo problemas que van más allá de una sociedad que esclaviza y obliga a la mujer a tomar las riendas de la vida de su hijo. Esta idea trasciende de una manera extrema haciendo que de la mujer dependa hasta el más mínimo error que pueda tener el hijo; es por eso que Rousseau desaprueba todo tipo de abandono. El ejemplo que él utiliza para describir el abandono es bastante diciente, pues realmente lo que evidencia es que la madre no tiene libertad para preocuparse por las cosas que a

ella como mujer le concierne, como lo es preocuparse por lo que a ella le hace feliz, lo que la divierte, juzgando cualquier acto que no tenga que ver con los cuidados del niño.

Rousseau hace ver la maternidad como el futuro por excelencia de toda mujer, en el que se dejará la libertad de ésta para entregarse completamente a su hijo, convirtiéndose en una condena, pues si el hijo sobresale es porque fue una excelente madre y educadora; de lo contrario, solo será una mujer que no pudo cumplir con el único propósito que tenía. Basado en la idea de que, por naturaleza, la función de la mujer es ser madre, esto deviene en el planteamiento del argumento naturalista que Rousseau pretende justificar, ligando a la mujer a las posibilidades que ofrece su cuerpo, siendo éste el único que puede procrear (dejando de lado las demás hembras del reino animal, etc.).

Como podemos ver, Rousseau tenía ideas bastante atinadas respecto a la educación del educando, pero también bastante erróneas respecto a las actitudes que tiene que poseer la madre. A lo largo de las épocas, estas ideas se han adoptado en diversas sociedades e incluso siguen latentes en la sociedad actual; sin embargo, que la mayoría haya adoptado y apoyado tales ideales no significa que estén bien o que encuentren una justificación universal y atemporal. Al contrario, justifica y glorifica la poca importancia que se le da a la mujer, invisibilizando su libertad, pero aplaudiendo una esclavitud disfrazada de maternidad.

En consonancia con lo comentado se puede esbozar las siguientes ideas. En primera instancia, tenemos la idea de Rousseau acerca de que el destino de la mujer es convertirse en madre; idea apoyada por el juicio naturalista que el propio Rousseau nos brinda, según el cual, *grosso modo*, la mujer y el hombre son como son porque la naturaleza así lo designó sirviéndose de las habilidades corporales y posiciones políticas de éstos. Si bien, entre el cuerpo de la mujer y el hombre, el de la mujer es el único capaz de poder tener un desarrollo fisiológico de un feto hasta su concepción, no significa que esta sea su única característica, ni mucho menos que sea lo único a lo que está destinada a desempeñar, según en este rol.

De este último pensamiento, se desprende la idea acerca de la libertad de la mujer una vez que tiene a su hijo. Aunque la mujer desempeña un papel fundamental en el desarrollo del niño (apoyando la idea de Rousseau), empero, no toda la educación y formación del niño dependen de ella, pues el entorno educativo, familiar y social influyen en la formación de éste. Rousseau pone todo el peso de la educación y del futuro del niño sobre la mujer; no obstante, esta idea trae consigo problemas que van más allá de una sociedad que esclaviza y obliga a la mujer a tomar las riendas de la vida de su hijo. Esta idea trasciende de una manera extrema haciendo que de la mujer dependa hasta el más mínimo error que pueda tener el hijo, culpándola y haciéndola menos. Es por eso que Rousseau desapruueba todo tipo de abandono (aunque abandonó a sus cinco hijos). El ejemplo que él utiliza para describir el abandono es bastante explícito, pues realmente lo que evidencia es que la madre no tiene libertad para preocuparse por las cosas que a ella como mujer le conciernen, como lo es preocuparse por lo que a ella le hace feliz, lo que la divierte, juzgando cualquier acto que no tenga que ver con los cuidados del niño.

Rousseau hace ver que tanto el matrimonio como la maternidad son los roles que debe desempeñar una mujer, donde se dejará la libertad de ésta para entregarse completamente a su esposo e hijo convirtiéndose en una condena, donde si el hijo sobresale, es porque fue una excelente madre y educadora, por el contrario, si el hijo tiene comportamientos inadecuados la madre figura como la culpable.

A modo de conclusión

Es necesario reconocer varios elementos importantes en el marco del análisis de *Emilio*. Como primer elemento, la importancia de *Emilio* para toda la tradición que le sigue en el contexto de la pedagogía, concretamente, en lo que refiere a conocer la naturaleza del desarrollo del niño y, conforme a dicha naturaleza, establecer modelos educativos que respeten dicha naturaleza. Como segundo elemento, el reconocimiento que realiza Rousseau del cuidado que se requiere para formación adecuada de los niños desde los primeros momentos: “Nacemos débiles, necesitamos fuerzas; nacemos desprovistos de todo,

necesitamos asistencia; nacemos estúpidos, necesitamos juicio. Todo cuanto no tenemos en nuestro nacimiento y que necesitamos de mayores, nos es dado por la educación” (Rousseau, 1990, p. 34). Si bien es importante reconocer la importancia de los aportes que trajo consigo el texto de *Emilio*, es más importante ver la sistemática invisibilización de la mujer que es representada en la figura de Sofía. Dicha invisibilización está mediada por encasillarla en dos roles y negando su posibilidad de elección.

Obras como *Emilio* generan una invisibilización de la mujer, reduciendo sus posibilidades a dos roles: mujer y madre. Argumentos esbozados desde la antropología –Mead– y desde la filosofía –de Beauvoir– apuntan a que la mujer en diversas culturas es entendida como un ser más fuerte que el hombre o que la mujer es mucho más que un útero, lo que contribuye a comprender la complejidad de la mujer. Esta comprensión permite eliminar la simplificación excesiva y contribuye a generar sensibilización sobre la importancia del cuidado, tanto en la edad temprana como al final de la vida. Para ello no se debe pensar a la mujer como exclusiva de estas labores, sino que se debe pensar en términos de corresponsabilidad con las labores que refieren al cuidado. Para culminar volvemos a las palabras de Simone de Beauvoir sobre la distribución equitativa de las labores fundamentales de una sociedad:

En El origen de la familia, Engels rastrea la historia de la mujer de acuerdo con esta perspectiva: dicha historia dependería esencialmente de las de las técnicas. En la Edad de Piedra, cuando la tierra era común a todos los miembros del clan, el carácter rudimentario de la laya y la azada primitivas limitaba las posibilidades agrícolas: las fuerzas femeninas se adecuaban al trabajo exigido por la explotación de los huertos. En esta división primitiva del trabajo, los dos sexos constituyen ya, de algún modo, dos clases; entre estas clases hay igualdad; mientras el hombre caza y pesca, la mujer permanece en el hogar; pero las tareas domésticas entrañan una labor productiva: fabricación de vasijas de barro, tejidos, faenas en el huerto; y por ello la mujer tiene un importante papel en la vida económica (de Beauvoir, 2014, p. 20).

Referencias bibliográficas

- Abbagnano, N. & Visalberghi, A. (1992). *Historia de la pedagogía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Beauvoir, S. (2014). *El segundo sexo*. Los hechos y los mitos. Prólogo a la edición española de Teresa López Pardina. Traducción de Alicia Martorell. 6° edición. Valencia: Ediciones Cátedra, Universitat de Valencia.
- Jenkins, I. (1998). *La vida cotidiana en Grecia y Roma*. Madrid: Editorial AKAL.
- Mead, M. (1973). *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*. Madrid: Editorial LAIA.
- Rousseau, J-J. (1990). *Emilio, o De la educación*. Prólogo y notas de Mauro Armiño. Madrid: Alianza Editorial.

